

En colaboración con



## Encuentro del Mundo del Trabajo

Por un desarrollo pleno, incluyente y sostenible

*“...el trabajo humano es una clave, quizá la clave esencial, de toda la cuestión social, si tratamos de verla verdaderamente desde el punto de vista del bien del hombre.”*

Laborem Exercens No.3

**Eliminar la miseria y reducir las pobrezas, activando agendas sectoriales e intersectoriales que permitan el acceso a una vida digna a todas las familias mexicanas.**

### Documento marco

Preparado por:

Adrián Ruiz de Chávez, Carlos Ludlow Saldivar, Fernando Milanés García Moreno, Leonardo Arzamendi Mendoza y Rogelio Gómez Hermosillo

### AQUÍ Y AHORA

A lo largo de nuestra historia, desde la época precolombina, durante la Nueva España y luego como estado nación independiente, los mexicanos hemos vivido en una significativa desigualdad socioeconómica. Con una élite que ha concentrado una parte muy importante de la riqueza de la nación, tanto en términos de propiedad de los bienes físicos (como la tierra y los medios de producción), como los bienes culturales (educación y oportunidades), una clase media mínima, resultado de la urbanización y las etapas de crecimiento económico con creación de empleos bien remunerados y una mayoría de población que sobrevive con lo más básico y a veces ni eso.<sup>1</sup> Hemos olvidado que “*quien se apropia algo es solo para administrarlo en bien de todos*”<sup>2</sup> y que “*no existe peor pobreza que aquella que priva del trabajo y de la dignidad del trabajo*”<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> 49% de la población carece de ingreso suficiente para adquirir la canasta básica, es decir, viven en pobreza por ingresos, y el 80% de la población padece por lo menos alguna carencia social o de ingresos, siendo la más alta la carencia de seguridad social.

<sup>2</sup> Francisco, Carta Encíclica Laudato si’ (24 mayo 2015), 95: AAS 107 (2015), 885.

<sup>3</sup> Francisco, Discurso al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede (12 enero 2015): AAS 107

La profunda desigualdad socioeconómica durante los últimos años del periodo virreinal sorprendió a Alexander Von Humboldt en su recorrido por estas ricas y prometedoras tierras. La desigualdad prosiguió durante el caótico siglo XIX, se acentuó durante el porfiriato, no pudo resolverse con los afanes de los gobiernos postrevolucionarios en el siglo XX y se mantuvo durante el periodo de apertura económica hasta nuestros días. Persiste la necesidad de favorecer la igualdad de oportunidades y la movilidad social que permita a los “descartados” incorporarse a niveles con mejores condiciones de vida digna.

Gobiernos de todo tipo han sido ineficaces para resolver esa gran encrucijada de nuestra historia:

¿Cómo lograr la inclusión y el progreso educativo, económico y social de millones de personas atrapadas en el círculo vicioso de la pobreza? ¿Cómo garantizar el ejercicio de los derechos sociales básicos al trabajo, a la salud, a la educación, a la vivienda y en general a la vida digna a quienes han estado excluidos y padecen múltiples carencias y vulnerabilidades?

En México seguimos teniendo una enorme deuda social con la mayor parte de su población. A la pobreza ancestral de las comunidades indígenas y rurales marginadas, sobre todo en el sur sureste del país, que acumulan desventajas durante su ciclo de vida y lo heredan a la siguiente generación, que se mantiene como una pobreza crónica y endémica con mejoras mínimas y sin cambio sustancial, se suma la pobreza creciente en las zonas urbanas, que se produce desde el mundo del trabajo, por una economía que excluye y multiplica trabajos mal pagados, precarios y sin seguridad social, que se convierten en auténticas fábricas de pobreza. En el relevante estudio comparativo<sup>4</sup>, entre países que han logrado niveles de desarrollo significativos e incluyentes para la mayoría de la población y países que no lo han logrado, los autores enfatizan la relevancia de construir instituciones eficaces y eficientes, capaces al mismo tiempo de producir riqueza y de distribuirla, al transferir recursos de los sectores más privilegiados y productivos de la sociedad hacia los menos privilegiados y productivos de una manera sostenible y subsidiaria, como clave para la inclusión social mayoritaria en el progreso nacional. Esa transferencia de recursos se dirige fundamentalmente a la creación de bienes públicos que permiten el desarrollo de competencias y capacidades entre la población de los segmentos de la sociedad con menores ingresos y hacia el aseguramiento de buenas prácticas promotoras de justicia distributiva y beneficios a la población en general, en el marco de un estado de derecho.

Un factor crítico de éxito para conseguir ese desarrollo institucional radica en la ética de las élites, políticas y económicas y en la construcción de acuerdos institucionales e intersectoriales que permiten poner en práctica las instituciones inclusivas y redistributivas. Los países que prosperan con mayor cohesión social se distinguen porque sus élites tienen (y mantienen en el largo plazo) una visión incluyente del desarrollo, colocando como valor primordial la dignidad humana de las personas, la inclusión de los sectores desfavorecidos y en desventaja y porque logran estructurar instituciones que permanentemente favorezcan esa visión: *“tenemos que volver a llevar la dignidad*

---

(2015), 165; L'Osservatore Romano, ed. semanal en lengua española (16 enero 2015), p. 10; cf.

<sup>4</sup> Acemoglu, Daron y Robibson, James, *¿Por qué fracasan los países?*, Crítica, 2013.

*humana al centro y que sobre ese pilar se construyan las estructuras sociales alternativas que necesitamos”<sup>5</sup>*

Por el contrario, los países cuyo crecimiento resulta polarizado y excluyente de las mayorías, destacan entre sus élites comportamientos y actitudes que resultan *extractivas* de la riqueza socialmente generada y un aprovechamiento de tipo *patrimonialista* de los recursos institucionales del estado. Y muchas veces con una corrupción rampante.

Para el caso mexicano, pese a los innegables –aunque incompletos- avances que hemos logrado en las recientes décadas, es claro que no hemos podido construir un entramado institucional y funcional para la inclusión socioeconómica, mismo que resulta ya urgente y es un imperativo ético impostergable.

En buena medida, históricamente hemos carecido mayoritariamente del liderazgo, político, empresarial y social focalizado en **vertebrar eficazmente**, hacia el bien común de la nación, a los distintos Méxicos existentes. Y no debemos seguir esperando.

Tal vez nos haya faltado creatividad, imaginación y capacidad de innovación y desarrollo de formas organizacionales adecuadas a las culturas de los distintos grupos sociales; tal vez haya faltado visión, voluntad y capacidad estratégica para acordar agendas intersectoriales de bien común para eliminar la miseria y reducir la pobreza. También, sin duda, generosidad y fortaleza para mantener los esfuerzos históricamente ensayados y darle continuidad en el tiempo a lo que sí empezaba a funcionar, en particular un sistema educativo de alta calidad que soporte mejores opciones de vida para todos.

En general, nos han faltado también otras virtudes esenciales para el desarrollo integral requerido: **humildad**, para reconocer lo que hemos hecho mal, para tener la autocrítica necesaria y reconocer nuestros errores y lo que no sabemos y sentarnos a escuchar y aprender; **honorabilidad**, que supone sentido de la vergüenza y una elevada aspiración para hacer lo correcto y vivir con mayor altura moral; un mejor sentido de la **justicia**, comprendiendo la dinámica de lo que el Papa Juan Pablo II llamaba “estructuras sociales de pecado” prevalecientes, junto con la valentía y el coraje para romperlas y reconstruirlas; un mayor afán de **verdad**, factor clave para reconocer las cosas realmente como son, enfrentar las mentiras y los engaños, y llamar bien al bien y mal al mal: la verdad es la condición que hace posible la vida en sociedad (VS). A lo anterior se suma que no fomentamos **espacios de encuentro creativo** entre distintos grupos sociales, en los que florezcan los **lazos interpersonales** y las oportunidades que las grandes mayorías no han tenido.

Por otro lado, en la sociedad mexicana, tanto arriba como abajo en la pirámide social, llevamos muchas décadas actuando hipócritamente entre nuestras declaraciones de dientes hacia afuera y nuestras conductas vivas y operantes a favor del bien común. De otro modo, sencillamente, no estaríamos como estamos.

Ante este panorama, ya de por sí preocupante en general, doliente para muchos, con rezagos intolerables y cada vez más costosos en términos de bien común, en los últimos meses, como en todo el mundo, hemos tenido que enfrentar una pandemia que ha semiparalizado la actividad

---

<sup>5</sup> Francisco, Discurso a los participantes en el Encuentro mundial de Movimientos populares (28 octubre 2014): AAS 106 (2014), 858.

económica, que ha dañado seriamente tanto a nuestra planta productiva como a las personas necesarias para su reactivación.

Como suele ocurrir en estos casos, los costos más elevados de esta crisis los paga la población más vulnerable, que carece de opciones para librar los impactos que se padecen en diversos ámbitos: sanitario, económico, familiar. Con una afectación de más de 12 millones de personas en materia de empleo (al momento de escribir este texto) y una estimación de casi 20 millones de personas (adicionales a los 55 millones contabilizados previamente por el Coneval) que de su vulnerabilidad previa terminarán el año en condición de pobreza por ingresos, nuestro México saldrá de la pandemia con un balance social mucho más desigual, de más pobreza, de mayor injusticia y más polarizado. Estos saldos, podrían derivar, a su vez, en una mayor escalada de violencia, familiar y social, resquebrajando, aún más, el ya frágil tejido social en el seno de nuestras comunidades.

La pandemia del Covid19, entre otras cosas, ha profundizado las múltiples fracturas y disfunciones de la sociedad mexicana. Con severidad, la pandemia nos reclama sobre nuestra responsabilidad hacia los demás y sobre todo hacia los más cercanos: nuestras familias, nuestros colaboradores, nuestros vecinos, nuestros conciudadanos e incluso la humanidad entera. Como nunca, estamos conscientes de los mutuos impactos que tenemos con el prójimo que se nos acerca y del daño que le podemos ocasionar o nos puede causar.

Por ello, esta profunda crisis también se nos presenta como una gran oportunidad de renovación de la conciencia de que sólo juntos y todos, saldremos de esta situación: de que son necesarias estrategias para el desarrollo inclusivo de nuestra sociedad y la revitalización de valores éticos fundamentales para la buena vida en común. La pandemia puede resultar un gran catalizador de acciones para un desarrollo más inclusivo, más solidario y más a la altura de la dignidad humana en todos los grupos que integran la sociedad mexicana.

En este contexto crítico, es importante no solamente esforzarnos por sobrevivir y cuidar a las personas y a la planta productiva de nuestro sistema económico. También debemos detenernos a reflexionar sobre nuestro modo de ser, sobre el tipo de sociedad que queremos y la calidad de vida a la que, como sociedad, aspiramos. La crisis nos obliga a revisar nuestro camino, a ver con ojos nuevos los problemas económicos, ecológicos y sociales que hemos venido arrastrando a través de los años y nos ofrece una oportunidad extraordinaria para resolverlos, con una mirada de largo plazo y una animada esperanza de fortalecer nuestros vínculos de solidaridad y subsidiaridad entre los diversos actores sociales para avanzar significativamente en la construcción de una sociedad mejor. No queremos regresar a donde estábamos y como estábamos. Queremos construir un mejor orden social, una auténtica “nueva normalidad” que sea más solidaria, más justa, más inclusiva, más sostenible y más digna para todos.

Queremos y debemos acabar ya con la miseria y reducir significativamente las pobrezas, la falta de oportunidades y de movilidad social.

Esta labor debe hacerse desde ambos sentidos: con una visión vertical, que dé paso a **instituciones** que favorezcan mecanismos de movilidad y desarrollo, y al mismo tiempo mediante el **diálogo social** horizontal en los grupos locales y vecinales, que vayan estructurando soluciones a sus propios problemas desde la capilaridad del tejido social.

Es imperativo reconstruir ese tejido social a nivel local, en los pueblos, en las colonias, en las parroquias, con equipos auto-gestionables y con sistemas de apoyo entre grupos que desde hace muchas décadas están distanciados, o peor aún en conflicto. Sólo con la cooperación de los interesados y de los afectados habrá progreso y paz.

Como bien decía el Concilio Vaticano II: *“La interdependencia, cada vez más estrecha, y su progresiva universalización hacen que el bien común -esto es, el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección- se universalice cada vez más, e implique por ello derechos y obligaciones que miran a todo el género humano. Todo grupo social debe tener en cuenta las necesidades y las legítimas aspiraciones de los demás grupos; más aún, debe tener muy en cuenta el bien común de toda la familia humana”*.<sup>6</sup>

Debemos recordar que *“Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno”*<sup>7</sup>, que *“el principio del uso común de los bienes creados para todos es el primer principio de todo el ordenamiento ético-social”*<sup>8</sup> y que la actividad económica no es un fin en sí misma sino un medio al servicio de todas las personas y del bien común de la sociedad y que el propósito de la empresa de negocios es crear valor, pero no solamente económico sino también valor humano y social. Para ello, debemos ser creativos, esforzarnos por movernos *“fuera de la caja”*, y promover nuevas formas de organización y acción social para la generación y distribución de riqueza de manera integral.

El gobierno, en sus tres niveles y poderes, debe evitar *“abordar el escándalo de la pobreza promoviendo estrategias de contención que únicamente tranquilicen y conviertan a los pobres en seres domesticados e inofensivos”*<sup>9</sup>.

La Iglesia *“no «puede ni debe quedarse al margen» en la construcción de un mundo mejor ni dejar de «despertar las fuerzas espirituales» que fecunden toda la vida en sociedad. Es verdad que los ministros religiosos no deben hacer política partidaria, propia de los laicos, pero ni siquiera ellos pueden renunciar a la dimensión política de la existencia que implica una constante atención al bien común y la preocupación por el desarrollo humano integral. La Iglesia «tiene un papel público que no se agota en sus actividades de asistencia y educación» sino que procura «la promoción del hombre»*<sup>10</sup>.

La academia debe *“reavivar el compromiso por y con las jóvenes generaciones, renovando la pasión por una educación más abierta e incluyente, capaz de la escucha paciente, del diálogo constructivo y de la mutua comprensión. Hoy más que nunca, es necesario unir los esfuerzos por una alianza educativa amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna”*<sup>11</sup>.

---

<sup>6</sup> Pablo VI, Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et Spes, sobre la Iglesia en el mundo actual, 25, 1995.

<sup>7</sup> Juan Pablo II, Carta Encíclica Centesimus Annus, 31: AAS 83 (1991), 831, 1991.

<sup>8</sup> Francisco, Carta Encíclica Fratelli Tutti (3 octubre 2020), 120.

<sup>9</sup> Francisco, Discurso a los participantes en el Encuentro mundial de Movimientos populares (28 octubre 2014): AAS 106 (2014), 852.

<sup>10</sup> Francisco, Carta Encíclica Fratelli Tutti (3 octubre 2020), 276.

<sup>11</sup> Francisco, Mensaje para el Lanzamiento del Pacto Educativo, (12 septiembre 2019).

La actividad de los empresarios “es una noble vocación orientada a producir riqueza y a mejorar el mundo para todos”<sup>12</sup> pero “estas capacidades de los empresarios, que son un don de Dios, tendrían que orientarse claramente al desarrollo de las demás personas y a la superación de la miseria”<sup>13</sup>. **“El gran tema es el trabajo. Lo verdaderamente popular —porque promueve el bien del pueblo— es asegurar a todos la posibilidad de hacer brotar las semillas que Dios ha puesto en cada uno, sus capacidades, su iniciativa, sus fuerzas. Esa es la mejor ayuda para un pobre, el mejor camino hacia una existencia digna”**<sup>14</sup>.

*“En ciertas visiones economicistas cerradas y monocromáticas, no parecen tener lugar, por ejemplo, los movimientos populares que aglutinan a desocupados, trabajadores precarios e informales y a tantos otros que no entran fácilmente en los cauces ya establecidos. En realidad, estos gestan variadas formas de economía popular y de producción comunitaria. Hace falta pensar en la participación social, política y económica de tal manera «que incluya a los movimientos populares y anime las estructuras de gobierno locales, nacionales e internacionales con ese torrente de energía moral que surge de la incorporación de los excluidos en la construcción del destino común» y a su vez es bueno promover que «estos movimientos, estas experiencias de solidaridad que crecen desde abajo, desde el subsuelo del planeta, confluyan, estén más coordinadas, se vayan encontrando»... Con ellos será posible un desarrollo humano integral, que implica superar «esa idea de las políticas sociales concebidas como una política hacia los pobres, pero nunca con los pobres»*”<sup>15</sup>.

*“Cuando un sector de la sociedad pretende disfrutar de todo lo que ofrece el mundo, como si los pobres no existieran, eso en algún momento tiene sus consecuencias. Ignorar la existencia y los derechos de los otros, tarde o temprano provoca alguna forma de violencia, muchas veces inesperada. Los sueños de la libertad, la igualdad y la fraternidad pueden quedar en el nivel de las meras formalidades, porque no son efectivamente para todos. Por lo tanto, no se trata solamente de buscar un encuentro entre los que detentan diversas formas de poder económico, político o académico. Un encuentro social real pone en verdadero diálogo las grandes formas culturales que representan a la mayoría de la población. Con frecuencia las buenas propuestas no son asumidas por los sectores más empobrecidos porque se presentan con un ropaje cultural que no es el de ellos y con el que no pueden sentirse identificados. Por consiguiente, un pacto social realista e inclusivo debe ser también un “pacto cultural”, que respete y asuma las diversas cosmovisiones, culturas o estilos de vida que coexisten en la sociedad”*<sup>16</sup>.

Debemos imaginar y concretar nuevas formas de educación, de economía social y solidaria, de emprendimiento donde la sustentabilidad y la inclusión sean el motor de las iniciativas de creación empresarial, más que el lucro inmediato individual. Necesitamos descubrir otros paradigmas para la cooperación y el desarrollo entre el sector más avanzado y globalizado de nuestro sistema económico y los sectores de mayor rezago, formas alternativas de financiamiento del desarrollo y encontrar caminos más eficaces para la solución de los problemas en lo local, la vertebración social

---

<sup>12</sup> Francisco, Carta Encíclica Laudato si’ (24 mayo 2015), 129: AAS 107 (2015), 899.

<sup>13</sup> Francisco, Carta Encíclica Fratelli Tutti (3 octubre 2020), 123.

<sup>14</sup> Francisco, Carta Encíclica Fratelli Tutti (3 octubre 2020), 162.

<sup>15</sup> Francisco, Carta Encíclica Fratelli Tutti (3 octubre 2020), 169.

<sup>16</sup> Francisco, Carta Encíclica Fratelli Tutti (3 octubre 2020), 219.

y la colaboración ciudadana en todos los niveles, desde abajo hacia arriba, privilegiando lo local y regional.

Necesitamos promover la participación, revitalizar la capacidad de la sociedad civil, fortalecer nuestro liderazgo horizontal y colaborativo, desde un marco ético robustecido bajo el principio de la *sindéresis*, que es juzgar nuestras acciones y su contexto rectamente y con acierto, para hacer el bien y evitar el mal en todo lo posible y que haga valer las tres formulaciones del imperativo categórico kantiano: trata a los otros como quieras ser tratado; obra de tal modo que tu acción pueda ser tenida como norma universal de conducta; no trates nunca a otra persona como un instrumento sino considérala siempre como un compañero en el viaje de cada día.

La gravedad de la crisis que enfrentamos es directamente proporcional a la oportunidad que se nos presenta para realizar las transformaciones estructurales que nuestra sociedad ha reclamado por décadas. Debemos recuperar de la sabiduría ancestral la paciencia y la esperanza propia del arte de plantar semillas y aprender a regarlas hasta que el árbol crezca y de frutos. Y debemos empezar hoy, ya, comenzando en nuestro espacio cercano, nuestro vecindario, nuestra empresa, con visión de largo plazo. En este camino no hay atajos.

¿Cómo será nuestro futuro como nación? Depende de lo que como sociedad hagamos. Un escenario se abre hacia un país con más miedos y, consecuentemente, más cerrado, más autoritario, más desigual, más inseguro y más violento. Otro escenario, camina hacia una sociedad más consciente de su vulnerabilidad e interdependencia, en la que aprendamos a responder a nuestros problemas con una óptica más solidaria, más subsidiaria, más corresponsable, más global, más abierta, más humana, más creativa, más sostenible y más justa.

¿Cómo será nuestro futuro como nación? Depende de lo que como sociedad hagamos. Tomemos la iniciativa de una forma definitiva: **¡Nadie afuera, nadie en la periferia, nadie atrás! ¡Todos dentro, todos juntos, todos semejantes! ¡Por los pobres, con los pobres!**

Este es el enorme y privilegiado reto de nuestra generación.